WARHAMMER
40.000



EJECUCIÓN

UNA HISTORIA DE LA GUARDIA IMPERIAL

RACHEL HARRISON

EJECUCIÓN

Traductor: Humaneleux
Corrector: Kylasier
Montador: Tocayo81
Portada: Maza

El cielo gemía. El suelo bajo los pies crujía. A lo lejos, los hombres y las mujeres también gritaban. El ruido era catastrófico, acentuado por el fuego de la artillería y la luminiscencia de los escudos de vacío que protegían la fortaleza rebelde de Morne. Eran los sonidos de un asedio.

Un asedio que estaba fracasando.

La comisaria Severina Raine lo ignoró todo. Estaba concentrada en el hombre que tenía delante. El Capitán Tevar Lun del 11º de Fusileros de Antari estaba de pie con su arma al lado. Sus ojos grises estaban fijos en los de ella, sin parpadear.

Era admirable, considerando que su pistola estaba apuntando a su cara.

-Estás rechazando tus órdenes- dijo Raine fríamente.

Lun dejó su rifle, apoyándolo contra la pared rugosa de la trinchera. La culata de su arma y su armadura antifrag estaban marcadas con muescas de muerte y oraciones talladas en escritura Antari. Eran unos rasguños blancos contra las placas de camuflaje grises y verdes.

-No lo haré- dijo. **-Matarán a mis hermanos. Y mis hermanas.**

Los ojos de Lun parpadearon hacia los muros de la fortaleza. Los cañones montados en la muralla estaban disparando al cielo del amanecer, siguiendo la estela de vuelo de unas cañoneras Valquiria que ascendieron y se alejaron, haciendo agujeros en las nubes.

-**Esas armas están construidas para destruir tanques y aviones-** dijo. **-Han convertido a Keld y a su escuadrón en polvo.**

Raine también lo vio. No sólo eso, lo olió en el viento. El hierro quemado en el aire frío. Los rebeldes habían desactivado las anulaciones de las armas y las usaron como una muestra de fuerza. Era una muestra de algo más. Arrogancia.

-Keld fue estúpido y lento- dijo Raine. **-No seas ninguna de las dos cosas, y el Emperador nos verá cruzar. *Yo os veré cruzar*.**

Era su única oportunidad. Una oportunidad que no le daba a la mayoría de los guardias que servían con ella. Se la ofrecía a Tevar Lun por lo que era. Una cabeza despejada. Un corazón fiel. Un capitán respetado por todos los escuadrones bajo su mando.

Pero Tevar Lun no se agarró a lo que se le ofrecía. En cambio, sacudió la cabeza.

-Lo que nos pides- dijo, **-es un suicidio.**

Hubo una pausa en el fuego de la artillería, como si el mundo esperará su respuesta. Raine respiró lentamente. Ella no vaciló.

-Ese es tu error- dijo Raine. **-Crees que te lo estoy pidiendo.**

Y sin pausa, y sin duda, ella apretó el gatillo. El proyectil de la pistola hizo un ruido fuerte y plano. La sangre salpicó su cara. No se acobardó. No parpadeó. Mientras el cuerpo de Lun se derrumbaba, Raine oyó la lenta liberación de un suspiro del otro Antari que estaba cerca. La flexión de los dedos enguantados. Un trozo de oración susurrada. Entonces la artillería

comenzó de nuevo. Comparado con ese momento tranquilo, casi pareció un alivio.

Raine miró a cada uno de ellos por turno. Al Sargento Daven Wyck y a sus Fusileros de Antari (Wyldfolken el original, nt) de veinticinco años. A Lydia Zane y a la médica, Nuria Lye. Al capitán de las tropas de asalto, Andren Fel, y su escuadrón de cuatro. Ninguno de ellos miró hacia otro lado, incluso cuando la sangre de su capitán anegó el suelo a sus pies. Él también los hacía inquebrantables. Ella estuvo agradecida por eso.

-Tenemos nuestras órdenes- gritó por el ruido. **-Sabemos lo que hay que hacer.**

Todos asintieron con la cabeza, sin dejar de mirarla. Así es como Raine captó el resentimiento abierto en algunos de esos ojos grises de los Antari. Primero en Wyck, no se sorprendió, y apenas necesitaba más razones. Estaba resentido con ella porque no era de Antar, aunque lo enmascaraba con palabras cuidadosas. Lo esperaba de él, pero esta vez no estaba solo. También Varn. El gran hombre respiraba con fuerza a través de sus dientes, con sus manos marcadas por el fuego y sus puños. La tercera era Lydia Zane. Estaba de pie cerca de Lun cuando le disparó. Los otros mantenían una distancia supersticiosa con ella. Por su piel pálida y su corona de cables, sus ojos que veían incluso cuando estaban cerrados. La cara de Zane no cambio, pero se puso la mano en la garganta. Hasta donde la sangre de su capitán habia llegado a través de ella. Raine supo que los próximos momentos eran críticos. Que debía volver ese resentimiento contra el enemigo, contra la fortaleza, o fracasarían aquí y ahora.

También sabía que si se lograba, llevaría más sangre Antari hacerlo.

-Las órdenes que el Capitán Lun rechazó no son sólo mis órdenes- dijo. -**Son las órdenes del Señor General Serek. Son las órdenes del Alto Mando.**

Ella miró a Wyck, luego a Varn, luego a Zane.

-Por encima de todo, son las órdenes del propio Emperador.

No hubo cambios en Wyck o Zane, pero Varn parpadeo. Su cara perdió color. Raine escuchó una oración murmurada del grupo.

-Así es, por que hablo por el Emperador- dijo Raine. **-Desobedecerla, y lo desobecederéis a Él.**

Zane miró la punta de sus dedos ensangrentados. Wyck cambio el peso del pie. A su alrededor, la red de trincheras se extendía por kilómetros. Más de la mitad del regimiento habia sido desplegado fuera de la fortaleza de Morne. Más de tres mil almas Antari. Infantería, fuerzas mecanizadas y artillería. Tampoco estaban solos. El 21° de Kavrone habian sufrido grandes pérdidas al recuperar la ciudad de Thadar, pero habían traído todo lo que les quedaba para apoyar a los Antari. Las cadenas y los armazones de los tanques traqueteaban. Los motores petroquímicos rugían. El cielo se iluminaba con las explosiones por el fuego de morteros. Había un segundo amanecer sobre el mundo de Drast, y la fortaleza en la colina. Raine apretó sus dedos alrededor de la empuñadura de su pistola.

-¿Os negaréis?- dijo.

Hubo un fuerte coro de "No, comisaria" de cada soldado en la trinchera. El más fuerte fue el de Varn, que ahora tenía la cabeza inclinada, penitentemente. Zane y Wyck lo fueron menos, pero dijeron las palabras como todos los demás. Eso le sentó bien a Severina Raine. A ella no le importaba su odio, siempre y cuando obedecieran. Su dedo se alejó del gatillo de su pistola.

-Abriremos el camino para que nuestras fuerzas tomen la fortaleza- dijo Raine. **-Para… romperlas.**

La ingeniera de combate Crys mostró sus dientes con una sonrisa. Era una raya blanca en su rostro ensangrentado.

-Sí, comisaria- dijo.

Era el turno de los Antari. Su estado de ánimo cambio. Su convicción creció.

-Los rebeldes en esa fortaleza piensan que este ruido que hacen es un trueno- dijo Raine. **-Pero no han oído nada de los Fusileros Antari.**

Todos la saludaron, con los brazos en alto para hacer el signo del aquila. **-¡En su nombre!-** exclamó Raine.

Y no sólo respondió Crys, sino todos los soldados de la trinchera.

-¡En Su nombre!- gritaron sobre el rugido de las armas.

Raine nunca podía dormir la noche anterior a un despliegue. En su lugar, se sentó en la cresta, mirando el cielo iluminarse con fuegos lejanos. El viento le trajo los sonidos de la guerra. El sabor del humo y la tierra quemada. Lo encontró reconfortante.

En su mano tenía su reloj, como siempre lo hacía en esas noches. Era de latón y hueso, marcado con su sello familiar. La única pieza de su familia a la que Raine había logrado aferrarse.

-Pensé que te encontraría aquí.

La voz vino de detrás de ella. Raine no tuvo que darse la vuelta para ver quién era. Puso el reloj en el bolsillo de su abrigo.

-Ven-** dijo. **-Siéntate.

Andren Fel se sentó a su lado en la cresta. Sostenía dos tazas de hojalata maltrechas y le dio una a ella. Era un té. Ella pudo ver las hojas sueltas y planas flotando en él, incluso en la oscuridad. Raine nunca había tomado té. No hasta su asignación a los Fusileros. No hasta que empezó a reunirse con Andren Fel. Ahora era una tradición, y los Antari se tomaban sus tradiciones muy en serio.

-El campo quemado, entonces-** dijo Andren siguiendo su mirada. **-Al amanecer.

-Así es como se llaman ahora-** dijo Raine. -**Fueron campos de grano, una vez, cultivados por millas, como un océano de oro.

-Ya no queda nada de los campos, ni nada más, gracias a la rebelión.

Comenzó con pequeñas traiciones, como suelen pasar estas cosas. Un pico en la tasa de asesinatos. Textos prohibidos encontrados, portados por los trabajadores de las fábricas. Grandes y feos símbolos quemados en los campos de cultivo. Después de ocho días, las ciudades fueron asaltadas por los disturbios. Ocho días después de eso, una gran pira fue levantada en la extensa capital de Drast, Thadar. Miles de personas se cegaron y saltaron a las llamas una tras otra en nombre de algo falso y aterrador: en el nombre del Ojo Siniestro. Desde entonces, no había llovido, y el cielo se habia vuelto pesado y enfermo, cayendo sobre el mundo como vendas empapadas.

-La llaman la fortaleza inquebrantable de Morne-** dijo Andren. -**Dicen que es donde se esconden los líderes rebeldes.

Los líderes rebeldes. Una vez el Señor y la Señora de Morne, sirvientes del Imperio, ahora traidores. Herejes. Sus propios herederos estaban entre los sacrificados en Thadar. Raine observó como un rayo de luz se lanzó al cielo en la distancia. El estruendo llegó un momento después.

-Una verdad a medias-** dijo. -**Pero ninguna fortaleza es inexpugnable. Los arrastraremos fuera de ella, o los aplastaremos bajo ella, por Su gracia.

Andren dejó su taza, y luego cruzó con los dedos por un momento. Era un gesto supersticioso que Raine sólo habia visto desde que estaba con los Antari. Andren lo hacía a menudo.

***-Por su gracia-** dijo.*

Los cañones dispararon seiscientas salvas antes de que necesitarán recargar.

Raine observó las murallas mientras hablaba. Miró los haces de fuego blanquecino y caliente contra el cielo gris. Sus ojos parpadearon hacia al reloj. La manecilla hizo tictac.

-Tres.

-Dos.

-Ahí- dijo.

Las armas cesaron el fuego. Hubo un quejido agudo mientras se enfriaban, y luego un estruendo que resonó en el terreno abierto mientras los rebeldes recargaban. Se respondió con un bombardeo de las líneas Antari. La suciedad fue lanzada al aire en grandes columnas, cada proyectil cayó más cerca del escudo vacío hasta que impactaron contra él causando fuertes grietas. Incluso a esta distancia, Raine pudo oler el ozono.

-¿Cuánto tiempo?- dijo Daven Wyck, desde su lado.

-Cinco minutos- dijo.

El sargento estrechó los ojos y escupió en el suelo.

-Más uno o dos para que se realineen y apunten hacia abajo- dijo Yulia Crys. **-Si tenemos suerte.**

Ella miró las armas, protegiéndose los ojos. Crys era más alta que Raine por una cabeza. Ancha de hombros y de caderas. El lado izquierdo de su cara era un cúmulo de viejas cicatrices de quemaduras que se extendían hasta la línea de su cabello y alrededor del caos de su oreja. **-¿Estás segura?-** dijo Raine.

-Así es como paso- dijo Crys. **-Cuando acabaron con Keld Fenwalkers.**

Raine asintió con la cabeza. Las muertes pueden ser costosas, pero rara vez son inútiles.

-¿Está segura de que puede atravesar esos muros sin armas pesadas?- dijo ella.

-No diría que no a las armas pesadas, pero sí, puedo derribarka. Cualquier cosa que se construya, señora.

Raine la creyó. Las unidades de su pelotón se especializaban en demolición, pero Crys era una experta entre los expertos.

-Será el llegar allí- dijo Crys. -**Seguro que habrá rebeldes en el campo, y cañones pesados en las murallas y en las torres.**

-Tenemos a los Sabuesos (Duskhounds en el original, nt)**-,** dijo Raine. -**Ellos te llevarán allí.**

Wyck sonrió. A diferencia de los otros, no tenía cicatrices ni tatuajes. Era alto y delgado, con rasgos atractivos y pelo rubio, como las viejas ilustraciones de los santos. A pesar de todo eso, su sonrisa era totalmente desagradable.

-Más importante aún, tenemos fe- dijo. **-Y nuestros cuchillos.**

Las palabras sonaban bien, pero Raine conocía a Wyck. Decía buenas palabras sobre él como un manto para ocultar los bordes afilados de su alma; la parte que realmente disfrutaba matando. Era por eso que estaba tenso, con los nudillos blancos en la culata de su arma. Por eso y los estimulantes. Él creía que ella no lo sabía. Que era capaz de ocultárselo.

Las cosas no permanecían ocultas a Severina Raine. Ella las sacaba y las arrastraba hacia la luz. Cuando él dejará de ser útil, le haría exactamente lo mismo que a Daven Wyck.

-Hay una cosa más- dijo Raine. -**Zane.**

Hubo un parpadeo de disgusto en los ojos de Wyck. **-¿Dónde está?-** preguntó Raine.

Crys mira más allá de Raine, y retrocedió a la trinchera. -**Ella está con Lun, señora-** dijo.

Lydia Zane estaba sentada con las piernas cruzadas en la trinchera junto al cuerpo de su antiguo capitán. Había sido cubierto con su capa de lluvia Antari. Zane tenía la esquina de la misma entre su pulgar e índice. No abría los ojos, no lo soltaba.

-Haré lo que me pidas- dijo, antes de que Raine tuviera la oportunidad de hablar. **-Lo que sea que pidas.**

-**Lo sé-** dijo Raine.

-Bien- dijo Zane. **-El deber es lo primero en todas las cosas, aunque no necesito decírselo, comisaria.**

Raine asintió con la cabeza, aunque los ojos de Zane sigueron cerrados. Ella sabía que la psíquica no necesitaba abrirlos para ver.

-En los momentos antes de que lo hiciera, sabía que Lun te rechazaría.

-Zane, incluso las muertes que esperas siguen picando.

Zane abrió los ojos. Estaban inyectados de sangre, como siempre. Ella sonrió, y su piel fina se arrugo como un pergamino dejado demasiado tiempo al sol. **-Que tampoco necesito decirtelo, por supuesto.**

Raine no asintió esta vez. No reconoció las palabras de Zane en absoluto.

Las muertes que llevaba consigo no eran para compartir. La sonrisa de Zane desapareció y ella miró el cuerpo de Lun.

-No tenía miedo, ya sabes- dijo ella. **-Bueno, todos tenemos miedo a veces, pero no es por eso que se puso en contra tuya.**

Raine también miró el cuerpo de Lun.

-No importa por qué- dijo. -**Fue un momento de debilidad, y la debilidad no puede ser tolerada. Si permites que aparezcan grietas en el**

vidrio, entonces no debes sorprenderte cuando se rompa y te corte.

Un largo momento paso entre ellas.

-Tienes razón, por supuesto- dijo Zane. **-Lo sé mejor que la mayoría.**

Soltó la esquina de la capa y se puso de pie, apoyándose en su bastón. Estaba hecho de una madera oscura, engastado con gemas y enrollado con cables. Más cables serpenteaban de su cabeza sin pelo, brillando en plata. Una corona de bruja. La psíquica era alta, como la mayoría de los Antari, pero sus miembros estaban cableados y eran delgados, los huesos se veían fácilmente a través de su piel. Podría confundirse con la fragilidad, pero Raine sabía más. Habia visto a Lydia Zane desmontar un tanque, pieza por pieza, pelando el blindaje con un giro de su mano. Fue escalofriante verlo, aunque no fue nada comparado con lo que Zane hizo a los que se escondían dentro.

-Mantente cerca de los Sabuesos- dijo Raine. **-Ellos te vigilarán. Lo que diga Fel, hazlo sin dudarlo. Como si fuera yo.**

Zane asintió con la cabeza.

-**Como si fuera usted, comisaria.**

-Entonces- *dijo Raine. -**Creo que me debes una historia, capitán.***

La postura de Andren cambió ligeramente. Un cambio en sus hombros. Era la forma en que se le veía a gusto, o lo más parecido a un hombre como Andren Fel.

-Seguro- *dijo.* ***-¿Y qué historia quieres que cuente?***

Los dos comenzaron a compartir historias para que ella entendiera mejor el regimiento. Al menos eso fue lo que se dijo a sí misma que era. Raine no podía decir lo que era ahora, pero sabia que habia llegado a necesitarlo.

Otro consuelo, de otro tipo.

*-**Háblame de los Fusileros de Antari-** dijo Raine. -**¿De dónde viene el nombre?***

Andren tomo un trago de su copa. El vapor bailó en el aire como el humo de una pistola.

-Los Fusileros de Antari son el escuadrón de Wyck-** dijo Andren. -**Deberías preguntarle a él.

***-Te estoy preguntando-** dijo.*

*Andren se rió. Lo hacía fácilmente, y a menudo. Era una peculiaridad suya. -**Que eres tú. Son una historia popular, como todos los nombres de nuestro escuadrón.***

Raine asintió con la cabeza. Ella lo sabía. Las tropas de asalto de Andren eran los Sabuesos. Era otra historia de los Antari. Una sobre un gran sabueso hecho de sombras que arrancaba las gargantas de aquellos que se negaban a morir cuando estaban destinados a hacerlo. Era totalmente apta para lo que hacían Andren y su escuadrón.

-Los hombres del bosque son espíritus del bosque-** dijo. **-Los malvados.

Andren dejó su copa y se subió la manga de su traje negro. Sus brazos estaban tatuados con líneas de escritura. Entrelazadas alrededor del versículo, había figuras. Raine vio al perro del crepúsculo, tatuado en gris. Andren señaló otro tatuaje justo encima de él de zarzas retorcidas que parecían manos con garras.

-Lo malo está bien-** dijo Raine. **-Entonces, ¿cuál es la historia?

-Se dice que un leñador y su familia vivían al borde de la gran selva negra-** dijo Andren. **-El leñador sabía que antes de que se tomará algo del bosque, se debía dar algo, para que los hombres no se enfadarán.** Saco su cuchillo de combate de su cinturón y lo giró, apoyándolo contra la yema de su pulgar. **-Cada día, antes de que el leñador talara la madera, o se fuera

de caza, se cortaba el pulgar y dejaba caer tres gotas de sangre en el tocón del mismo árbol.

Andren presionó su pulgar contra el cuchillo, lo suficientemente fuerte como para extraer sangre. Esperó a que tres gotas cayeran al suelo antes de continuar.

-Luego iba al bosque y reclamaba su premio. A su regreso, la sangre se iría sin dejar rastro.

Andren giró la mano, viendo cómo la sangre dibujaba una línea hasta la palma de la mano.

-Un día, la esposa del leñador enfermó-** dijo. -**Y entonces envió a su hijo a cazar solo. Le dio su arco, sus flechas y su cuchillo. El hijo del leñador fue al tocón del mismo árbol, pero fue demasiado cobarde. Pensando que podía engañar al bosque, el hijo del leñador derramó tres gotas de su piel de agua en el tocón, y luego se deslizó entre los árboles, riéndose.

La primera vez que Raine vio un bosque fue después de la escuela, cuando fue por primera vez a la guerra como comisaria junior. El olor volvió a ella mientras Andren hablaba. Un olor tan extraño. Húmedo, rico y vivo.

-El hijo del leñador siguió el camino de su padre, pero pronto lo encontró bloqueado por las zarzas enroscadas-** continuó Andren. **Cuando se volvió, también se pusieron detrás de él. El hijo del leñador esperó que se desenrollaran y lo dejarán pasar. El bosque se oscureció. Las sombras se alargaron. El hijo del leñador pasó hambre. No podía esperar más, así que se abrió paso a través de las zarzas. Se engancharon a sus ropas y lo rastrillaron con sus espinas. El chico maldijo las zarzas. Maldijo el bosque. Entonces se puso a correr, sangrando por las docenas de cortes superficiales que le habían hecho.

Andren limpió la hoja de su cuchillo en la pernera de su ropa y lo metió en la vaina.

-El hijo del leñador trató de correr a casa, pero el camino parecía… Desviarse… como no lo había hecho antes. Los cortes que le habían

hecho siguieron sangrando hasta que estuvo débil. Hasta que tropezó y cayó. Aún así, no dejó de sangrar. No hasta que cada gota fue derramada y tomada por el bosque. Porque los cortes de los hombres de Wyeth nunca se cierran, y siempre matan.

-¿Así es como es?- *dijo Raine.* ***-Así es como funciona.***

Por un momento, los dos vieron la sangre que se acumulaba en el pulgar de Andren.

-Un año entero, y aún no he oído una historia de Antari que no esté hecha de sangre y muerte- *dijo Raine.*

Andren la miró y se rió.

-¿No lo son todas?- *dijo Andren.*

Raine miró su reloj otra vez mientras las armas montadas rugian. El cristal estaba rayado por el uso, y había una pequeña fractura en el borde del mismo, justo en la parte superior de la cara. La fractura había estado ahí desde el día en que llegó a su posesión. No le pareció correcto arreglarla, para deshacer el daño.

Abrió un canal vox a dos con los otros sargentos que había bajo el mando de Lun. Estaban muy lejos de su posición, acurrucados en sus propios terrenos.

-Acólitos del Ciervo (Hartkin en el original, nt)**-** dijo. **-Viboras Brumosas** (Mistvypers en el original, nt)**. Reconocimiento.**

-Sí, comisaria- dijo Selk en respuesta. La voz del sargento de los Víboras Brumosas era una lima semimecánica, gracias a los augmenticos que reemplazan una buena parte de su laringe. ***-Recibido, comisaria.***

Por el contrario, la voz de Rom Odi era suave, con la fuerte entonación de los asentamientos del sur de Antar.

-Nos movemos en el próximo ciclo- dijo Raine. **-Hasta el escudo y a través de él. Una vez que lleguemos al otro lado, los cañones ya no nos verán.**

-Tampoco lo harán los rebeldes, cuando haya terminado con ellos- dijo Selk.

Raine no esperaba nada menos de Selk. El Víbora Brumosa era uno de los mejores tiradores del regimiento. Andren a menudo decía que debería haber sido un Sabueso.

-Abre una brecha en la base del bastión de tu objetivo, y luego date prisa en llegar al duodécimo nivel- dijo Raine. **-Silenciaremos las armas desde allí.**

Sus ojos se dirigieron a su reloj. Faltaban pocos momentos para el ciclo de las armas. Sus miembros ardían en anticipación a la carga.

-Prepárense- dijo.

-Sí, comisaria- dijo Selk.

-En sus marcas- dijo Odi. Ella miró a lo largo de la línea.

-Diez segundos- gritó.

Alrededor de ella, los Antari se prepararon apoyándose en la parte superior de la trinchera. Raine pudo oír a Zane tarareando para sí misma en los escasos momentos entre los disparos de las armas. Era una canción que Andren tarareaba a veces. Algo de los Antar.

-¡Cinco!

La mano se acercó a esa pequeña fractura en el cristal.

-¡Cuatro!

Wyck se rió, con todas sus fuerzas.

-¡Tres!

Andren Fel cruzó sus dedos, el mismo gesto de Antari.

-¡Dos!

Crys puso su mano en la parte superior de la trinchera.

-¡Adelante!

Raine llamó a la carga mientras saltó por la pendiente y salió de la trinchera. Los cañones montados se cargaron con un quejido, comenzando el ciclo, el estruendo resonando en el terreno abierto delante de ella.

Raine corrió. Su corazón le daba martillazos en los oídos. El aire era polvo y suciedad y el humo que se le metía en la garganta, le picaban los ojos. A su lado, los Fusileros de Antari corrían también. Los Sabuesos de Andren estaban un par de pasos atrás con Crys y Zane. Ella podía oír la respiración agitada de la psíquica. Los Víboras Brumosas y los Acólitos del Ciervo estaban subiendo desde sus posiciones a lo largo de la red de trincheras.

Mientras corrían, las fuerzas Antari que aún estaban dentro de la línea de trincheras comenzaron su propio asalto concentrado, golpeando el escudo vacío con morteros y cohetes, y fuego de autocañones de largo alcance. El escudo vacío parpadeo, pero no cayó. No se esperaba que cayera. Su asalto era una distracción. Un medio para alejar ese ojo maligno de Raine y su pelotón. Lanzas de luz se elevaban al cielo a la izquierda de Raine, y el vox crujió en su oído.

-Nos hemos dado cuenta, comisaria. No están contentos.

Devri sonaba complacido, sin embargo. El capitán del cuarto pelotón era del tipo que quiere desesperadamente probar su valía. Para escribir leyendas. Ese fervor lo hacía infinitamente útil.

-Sigue así- dijo Raine, entre las respiraciones. **-Tanto ruido como puedas.**

-Más truenos- dijo Devri. ***-Sí, comisaria.***

Un momento más tarde, Raine escuchó una serie distante de estruendos, como si la superficie de Drast tratará de tirarlos a todos. El trueno de Devri. El ruido hizo que su corazón cantará mientras corría.

La tierra que tenían que cruzar para llegar a las murallas de la fortaleza fue una vez fortificada con puestos de avanzada y búnkeres, y amplios campos de aviación para que la fuerza aérea de Drastian se movilizará. Los muelles y las estaciones de servicio eran ahora restos de chatarra, el hormigón de roca lisa se había agrietado y desgarrado. Las líneas de las trincheras habían sido esculpidas en la tierra por ambos lados, como heridas cortadas profundamente en la cara de Drast. Raine y sus soldados corrieron entre los restos derrumbados de las fortificaciones y trincheras; entre los proyectiles quemados de los tanques y los cráteres de bordes irregulares. Por todas partes había rollos de alambre de espino. Los soldados Antari que avanzaron el día anterior estaban enredados en ellos, ensangrentados, desgarrados y muertos. No eran los únicos cuerpos. Los rebeldes y los Antari por igual yacían alrededor, enteros y en pedazos. Sobre todo esto se cernía la fortaleza, un edificio de rococemento que había permanecido intacta en la colina durante mil años o más. Seguía en su sitio. Intacta, incluso. Protegida por un escudo vacío de diseño antiguo, no tenía una marca en la piedra que los rebeldes no hubieran puesto allí ellos mismos. El mayor de ellos era el Ojo Siniestro que los rebeldes habían tomado por su nombre, hecho de carmesí y oro en un estandarte andrajoso que colgaba a media altura de la pared de la fortaleza.

-¡No nos ven!

El grito vino de Gryl. Estaba corriendo hacia adelante y a la izquierda de Raine.

-¡Un ojo así, y aún así están ciegos!

Gryl se río a carcajadas de su propia broma, al menos hasta que un disparo láser de alta potencia lo silenció. Cayó hacia adelante, muerto. Le siguieron una serie de ráfagas, y más disparos láser iluminaron el aire. No venían de la fortaleza. Habia soldados rebeldes disparando desde sus propias trincheras y emplazamientos a su alrededor. Raine vio el destello de una armadura de

caparazón roja oxidada, deliberadamente embotada con barro y polvo. Escuchó las mentiras que gritaban los rebeldes, llevadas por el viento. Blasfemias que le hicieron apretar los dientes.

-A los que no tienen fe, les traemos el trueno- gritaban.

Ella apuntó su pistola al más cercano de los rebeldes mientras él se acercaba a la cima de su propia trinchera. Era un oficial, que llevaba una armadura pectoral curvada con adornos de oro. A través de la superficie de plata habia tallado ese ojo siniestro. Habia hecho lo mismo con la piel de su cara. Docenas de rebeldes pululaban detrás de él, abriéndose paso a través de las trincheras. El oficial levantó su propia pistola. Abrió la boca para gritar. Por un momento fue como mirarse en un espejo oscuro.

Entonces Raine disparó.

Esa armadura pectoral no pudo protegerlo de un disparo en la cabeza. Su cuerpo cayó de espaldas en la trinchera. Sobre sus propios soldados rebeldes. Los Antari la aclamaron.

-¡Adelante!- gritó Raine.

Ella vio a Wyck más adelante. Estaba disparando su rifle en ráfagas nerviosas. Dos veces lo vio disparar a las rodillas, en lugar de ir a por una muerte limpia.

Yulia Crys se agacho a la sombra de un hangar colapsado, y luego cogió una granada de la bandolera que llevaba en el pecho. La lanzó fuerte y alto. Cayó bien adentro de la red de trincheras de los rebeldes, detonando con un estruendo gutural.

Lydia Zane levantó la mano y un soldado rebelde voló diez o doce metros en el aire. Gritó hasta que golpeó la tierra. Andren Fel y sus Sabuesos se movían a su alrededor, haciendo muertes limpias, sin pasar nunca delante de los demás. Cinco sombras en armadura negra mate con rostros gruñones pintados en sus máscaras.

-¿Cuánto tiempo pasará hasta que tengamos las armas grandes para preocuparnos?- *dijo* Andren por el vox.

Raine disparó su pistola. El soldado que le cargaba cayó de espaldas, su rifle disparó salvajemente al cielo. Ella había estado contando desde que dejaron la trinchera.

-Tres minutos- dijp. **-Más o menos.**

-Estamos vadeando cuando deberíamos estar corriendo.

-De acuerdo- dijo Raine.

Estaba a punto de avisar cuando un disparo láser golpeó su hombro y le quitó el aliento a sus pulmones. Le hizo girar. La tambaleó. Su gorra de oficial cayó de su cabeza, aterrizando en la tierra. Raine se detuvo. Un segundo rayo le marco el muslo, ardiendo y dejándole una marca.

El dolor floreció en su hombro, en su pierna. Era mareante, pero no vacilo. Raine recuperó el aliento. Apretó los dientes. Luego se agachó y recogió su gorra, dejando que los rayos de luz crujieran a su alrededor. Se la volvió a poner en la cabeza, cuadrada y recta, y luego miró al soldado rebelde que le había disparado. Al igual que el oficial, se habia cortado la cara en patrones. Entre esas líneas rojas, su boca se dividió, mostrando los dientes ennegrecidos. **-Teatro-** dijo, en gótico acentuado.

Soltó su rifle y saco un largo y curvo cuchillo de combate de su cinturón. Su intención era retarla, obligarla a batirse en duelo con él. Severina Raine no entraba en duelos de honor con herejes. Le disparó al soldado rebelde antes de que pudiera poner un pie delante. El proyectil hizo un cráter en su pecho, y él cayó de espaldas, con espuma sangrienta saliendo de su boca. Ella siguió moviéndose, disparando de nuevo para acabar con él.

Cuando miró alrededor, Raine vio a Andren observándola. No dijo nada, sólo se dio la vuelta y fue tras los rebeldes. Pero Andren Fel no fue el único. Pudo sentir los ojos de todos los Antari sobre ella, incluso cuando luchaban

y morían. Sólo atisbos y miradas, pero cada una de ellas significativa. Cada una seguida de un grito de batalla.

No era teatro, pensó Raine, mientras desenvainó su espada. *Simbolismo.*

-Una por una- *dijo Andren. -**Ahora me debes una historia.***

Ahora estaba completamente oscuro. En los campos de aterrizaje detrás de ellos, los Antari estaban realizando ejercicios de combate. Raine se preguntó si ellos también estarían durmiendo, si pudieran. La fortaleza seguía en sus ojos. Una forma gris distante, iluminada por los focos y los fuegos. La inquebrantable fortaleza de Morne.

-Me crié en uno de los colegios de Gloam- *dijo. -**¿Lo conoces?***

Andren sacudió la cabeza.

*-**Es un mundo frío con una estrella tenue-** dijo Raine. **-No hay bosques. No hay fauna, pero sí sabandijas. Los océanos que quedan se vuelven negros por la industria. Odia la vida, pero nosotros persistimos allí, como si la odiáramos.***

-Estamos en nuestro mejor momento cuando nos enfrentamos a cosas que nos odian- *dijo Andren.* ***-Mundos incluidos.***

Raine asintió con la cabeza.

-Había una tarea que nos hicieron hacer- *dijo.*

-Una prueba, supongo. Me lo imagino- *dijo Andren.*

Ella sabía que podía. Él también lo vivió, en la escuela de Antar. Ella había escuchado las historias. Había visto las cicatrices.

-Gloam es una colmena- *dijo.* ***-Capas apiladas unas sobre otras, así que ya no se puede decir con seguridad dónde está el suelo real. En las capas más profundas, las alimañas crecen. Son numerosas y astutas.***

Andren miró hacia la fortaleza. Las sombras se adueñaron de la profunda cicatriz que le recorría la mejilla y el puente de la nariz. Sus ojos grises se estrecharon.

***-Como las alimañas que están destinadas a ser-** dijo.*

El escudo vacío que protegía la fortaleza era invisible, pero Raine lo supo cuando se acercaron. No fue por su posición relativa a la piedra gris, o por lo lejos que habían corrido.

Así era como se veía la fortaleza, un poco fuera de sintonía con el mundo que la rodeaba. Cómo el aire sobrecargado con el ozono. Cómo las diminutas reverberaciones corrían a lo largo de sus huesos y hacían rechinar sus dientes. En algún lugar entre lo agradable y lo doloroso.

-Ese sentimiento es odioso- dijo Wyck, claramente tendiendo más hacia lo último. **-Es como ser hervido por dentro.**

El sargento respiró con dificultad mientras corría. No era porque estuviese cansado. Era porque estaba frenético. Sus brazos estaban abrasados por las quemaduras, y la bayoneta de su rifle se había roto limpiamente. La había dejado enterrada en el pecho de un soldado rebelde.

-¿Así que simplemente pasamos por ahí?- preguntó Wyck, mientras corría por el casco destrozado de un tanque.

-El escudo puede ser una protección contra los bombardeos y las armas de energía, pero no nos detendrá- dijo Raine.

Eso es lo que decían todos los informes y especificaciones técnicas que había leído, de todos modos.

Frente a ellos, un escuadrón completo de soldados rebeldes cargaron desde las sombras de un pasillo colapsado. Iban gritando, pero las palabras no eran

Drastian. Eran algo odioso que le revolvió el estómago a Raine. Los Antari se enfrentaronn a los rebeldes, uniformes verde grisáceos atacando al carmesí. Wyck hizo caer a dos de ellos con ráfagas de fuego láser, y luego se deslizó por el otro lado del tanque. Un tercero cargó contra Raine. Estaba vestido con una gruesa armadura roja que le cubría desde las rodillas hasta el cuello.

Los signos imperiales habían sido raspados. Desfigurados. Él le gritó a ella. Ella debía haber visto el blanco de sus ojos así de cerca, pero no había blanco que ver. Sólo orbes negros que brillaban como piedras del océano. Por un momento, ella pensó en el anochecer de Gloam. En el sonido del mar, oculto por la oscuridad. Cómo rugía, hambriento de la tierra.

El rebelde la golpeó con una espada de filo dentado; del tipo que se enganchaba cuando cortaba. Raine apartó la hoja con la suya. El campo de energía de su espada crujió. Se agachó en el siguiente golpe y esquivó el siguiente. Le recordó a los entrenamientos con los nuevos reclutas en la escuela. El rebelde era más grande que ella, así que se creyó más fuerte.

Se equivocó.

Raine rechazo otro golpe frenético. El rebelde maldijo en su propia lengua, pero paró cuando ella le atravesó el pecho con su espada. Raine tiró hacia abajo, de hombro a cadera, partiendo la armadura chapada tan fácilmente como la carne que habia debajo. Cuando liberó su espada, la sangre se aferró a la hoja, a pesar del campo de fuerza. También era negra, como sus ojos. Pateó al soldado destripado en la espalda y se puso a correr de nuevo, con las piernas ardiendo. Era el último de ellos. No había otro rebelde que se interpusiera entre ellos y el escudo.

-¿Cuánto tiempo?- dijo Wyck, siguiendo su ritmo.

Raine estaba a punto de responder cuando el ruido de la fortaleza se detuvo. Fue rápidamente reemplazado por un quejido del edificio.

Los rebeldes había terminado de recargar las armas. Se les había acabado el tiempo.

-Hay un tipo particular de alimañas en Gloam- *dijo Raine. -****Un tipo especialmente peligroso. Los abades los llamaban ladrones de pecados, porque salen de sus agujeros para roer a los malvados y a los débiles, engordando con su pecado.***

-Me suena a ratas- *dijo Andren.*

-Tal vez lo fueron, una vez- *dijo ella. -****Pero se convirtieron en otra cosa. Algo peor. Como suelen hacer las cosas cuando se las deja a su aire.***

Andren asintió con la cabeza.

-Uno de los chicos de la escuela se despertó gritando una noche porque uno de ellos estaba sentado en su pecho, mordiendo la carne de sus brazos. Era del tamaño de un mastín.

Andren hizo un silbido bajo.

-Lo mató, a él y a uno de los otros, porque sus heridas se agravaron por la mañana. Todo el mundo dijo que todo el pecado que robaron había vuelto a él.

-Y nos llamas supersticiosos- *dijo Andren.*

Raine se permitió una sonrisa.

-Los abades no pudieron soportarlo, ni nosotros tampoco. Ninguno de nosotros quería el mal. Ser devorado por el pecado vertido en nosotros por los dientes de una alimaña.

-¿Y qué hiciste?-. *La sonrisa de Raine se desvaneció.*

-Fuimos a buscar el nido.

-¡A través del escudo!-. La emisión de vox de Raine se envío a los Fusileros de Antari y Sabuesos con ella. A los Víboras Brumosas y a los Acólitos del Ciervo también.

-Crys- Raine llamó a la ingeniera de combate a su lado. -**Recoge las cargas de demolición. Necesitamos esa brecha tan rápido como puedas.**

Crys sonrió y tiró de su bandolera.

-Incluso guardé mis granadas, señora- dijo. **-Bueno, la mayoría de ellas.**

Ella miró por encima del hombro a otro de los Fusileros de Antari. Uno que estaba muy atrasado.

-Varn- ella regresó a los vox. -***Hey, Varn, mueve el culo! Necesitó tus cargas.*** Varn sacudió la cabeza. Era un hombre grande. Lo suficientemente grande como para hacer que el lanzagranadas que llevaba pareciera pequeño.

-No estoy hecho para este tipo de carrera- dijo, acelerando el ritmo. ***-No con todo este equipo.***

-Llevo un equipo como el tuyo- dice Crys. -**Te gustan demasiado tus raciones.**

Lydia Zane estaba cerca cuando se giró para mirar a Varn. Sus ojos se abrieron mucho.

-Corre- dijo, con su voz áspera.

-¿Qué?- *dijo* Varn que entrando en pánico. **-¡Muévete!**

Raine le gritó su orden a Varn, pero su voz se perdió bajo el rugido de los cañones mientras disparaban. Raine vio a Varn agachar la cabeza y levantar los brazos, pero las balas nunca le alcanzaron, se detuvieron en seco y en su lugar estallaron en docenas de brillantes y blancas flores de luz. Las manos de Zane estaban levantadas, enroscadas como garras. Lo estaba protegiendo. La psíquica comenzó a sangrar por la nariz y las orejas.

-¡A través del escudo del vacío!-. Raine le gritó a los demás por el vox. ***-¡A través del maldito escudo, ahora!***

Varn siguió corriendo. Muy por encima, las armas cruzaron la línea, inclinándose para seguirlo a él y a los otros que Zane estaba protegiendo. Su escudo protector comenzó a romperse.

-¡Corre!-. Gritaron. **-¡Corre, gran tonto!**

Zane vacilo. Más proyectiles impactaron contra su escudo. Las grietas se extendieron.

-¡Varn!-. Raine grito con ella. **-¡Las cargas!**

El escudo de Zane falló cuando Varn estaba a segundos del borde del escudo. Intentó lanzar su bolsa de cargas de demolición, pero nunca dejó sus manos. Las balas de los cañones estaban hechas para atravesar los tanques. Atravesaron Varn sin ningún problema. Incluso sobre el suelo, Raine oyó gritar a Yulia Crys. Entonces las cargas de demolición que llevaba Varn explotaron y Raine fue lanzada hacia atrás. El mundo se convirtió en una serie de sensaciones:

Calor.

Luz.

Ruido.

Luego algo más, un aguijón, como cuchillos corriendo sobre sus huesos. El sonido desapareció. El asedio desapareció. Raine golpeó el suelo, aterrizando de espaldas. Observó cómo la explosión que mató a Varn la arrastro hacia arriba y la alejó de la superficie del escudo vacío. La explosión la lanzó directamente a través de él. El zumbido en sus oídos se desvaneció. Los cañones de la fortaleza no pudieron rastrear más. Atacaron a lo largo de la línea al otro lado del escudo, agitando la tierra, astillando la roca, la armadura y los huesos. Raine respiró lentamente. Luego escuchó algo más. Una voz estruendosa que venía del interior de la fortaleza.

El Imperio del Hombre está muerto, decía. *El Imperio del Hombre está muerto.*

Raine se puso de pie, su mente se tambaleó ante las blasfemias de los rebeldes. Ella también se tambaleó por la explosión, pero no tenía tiempo para eso.

El Imperio del Hombre está muerto.

Los Fusileros de Antari la rodearon, quemados y maltratados. Agotados. Había dieciocho de ellos todavía respirando, y sólo quince de pie. Nuria Lye ya estaba vendando las heridas y deteniendo las hemorragias. Sin embargo, Crys estaba viva. Y Zane. Andren y sus Sabuesos estaban con ellos, con sus armaduras quemadas, peladas hasta la plata. Él la miró. Todos lo hicieron.

Raine habló con voz distante.

-Dicen que el Imperio del Hombre está muerto- dijo. -**Pero el Imperio del Hombre es cada uno de nosotros. Cada soldado. Cada tanque en el campo. Cada nave en órbita. Cada corazón fiel de aquí a la Santa Terra. Soldado, ciudadano, sacerdote y peregrino.**

Ella miró hacia la fortaleza, y el desarrapado estandarte blasonado con el ojo siniestro.

-Somos muchos. Somos fuertes. Sobre todo, tenemos *razón*-. Severina Raine escupió sangre y ceniza en el suelo. **-Y eso es algo que no puedes matar.**

Raine arrastró a Crys a sus pies, a la sombra de un chasis Quimera. El casco se hundió, aplanando el compartimento de la tripulación. Así de cerca, Raine pudo oler la sangre vieja.

-La muralla- dijo Raine. **-¿Todavía puedes atravesarla?**

Crys miró hacia abajo. Su brazo izquierdo estaba flácido e inútil, la muñeca completamente destrozada. Nuria Lye se preparo para entablillarla con los suministros de su equipo.

-Estoy a favor de mi mano derecha, así que sí. ¿Y con las cargas que tiene?

Crys miró más allá de Raine por un segundo, más allá de la curva del escudo.

-¿Sin las de Varn?- dijo.

Pareció un esfuerzo para ella decir su nombre. Su garganta funcionaba y sus ojos parpadeaban, pero cuando miró hacia atrás, estaba compuesta. Todo guardado hacia su interior. Raine lo sabia, porque era la forma en que se sigue adelante. La forma en que haces tu trabajo.

-Sí, señora- dijo Crys. -**Pero necesitaré a Gereth Awd, si todavía está vivo.**

-¿Para ayudarte a poner las cargas?- dijo Raine. Crys sonrió.

-No, señora- dijo. **-Necesito sus tanques de fuego-.**

Raine observó desde detrás del casco del tanque mientras Crys ponía su carga improvisada contra el muro de la fortaleza. Se estaban abriendo paso al pie de uno de los tres bastiones, equidistantes alrededor de la torreta central. Uno para los Fusileros de Antari, uno para los Víboras Brumosas y uno para los Acólitos del Ciervo. Tres entradas en los flancos de la fortaleza. Tres heridas que no se cerrarían.

Crys se mantuvo baja y plana contra la pared. Tomó una unión en la piedra donde era más débil y la lleno de granadas. Primero, dos bombas de fusión. Luego, su propia bolsa de cargas de demolición, excepto dos, que Raine le dijo que guardará. Por último, se unió al lote con el tanque de llamas de Awd y estableció una línea de detonación. Mientras tanto, esa voz resonaba desde el interior de la fortaleza, gritando herejías al cielo.

-Los emplazamientos y los guardias están silenciados- dijo Andren Fel. **-Ellos... no sabrán que estamos aquí hasta que se lo digamos.**

Había pocos que podían acercarse a Raine sin que ella los oyera, pero Andren Fel podía. Se agachó a su lado, con su arma de fuego. La cara gruñona de su máscara está pintada de nuevo con salpicaduras de sangre. Habia marcas profundas de cuchillos en la placa de su caparazón.

Raine miró más allá de él hacia donde esperaba Lydia Zane. La psíquica tenía los ojos bien cerrados. La sangre se había secado alrededor de su boca y nariz. La hacía parecer como un lobo de invierno que ha estado en la matanza.

-Recuerda lo que dije- le dijo Raine a Andren.

-Protege a Crys- dijo. **-Protege a Zane. No importa lo que pase.** Andren miró hacia atrás a la psíquica.

-Aunque lo que he visto hacer a Zane...- dijo, en voz baja.

-Hace que te preguntes quién necesita protección- responde Lydia Zane, mientras sus ojos se abrían.

Andren suspiró.

-Sin ánimo de ofender- dijo. **-Y desearía que no hicieras eso.** Zane sonrió. La hizo parecer aún más lobuna.

-No hay problema- dijo. -**Aunque quizás no debería pensar tan alto, capitán.**

Andren sacudió la cabeza. El vox crepito en la oreja de Raine.

-Víboras Brumosas, listos para entrar.

-¿Acólitos del Ciervo?-. Raine dijo. **-¿Estáis listos?**

Más crepitación. A Raine le dolía el pecho. Se dio cuenta de que era porque estaba conteniendo la respiración.

-Sí- llegó la respuesta, después de un momento. ***-Sólo tenía que sofocar un poco de resistencia aquí, comisaria.***

-Bien- dijo Raine. **-¿Crys?**

No tuvo que ver a la ingeniera de combate para saber que estaba sonriendo.

-Más que lista- dijo Crys.

-Todos los escuadrones- dijo Raine. **-A la brecha.**

Raine se agachó detrás de la cubierta y se puso las manos sobre las orejas. El Antari hizo lo mismo.

Unos segundos después, la carga improvisada de Yulia Crys detonó. El ruido fue catastrófico, incluso con la distancia y la cobertura entre ellos y la explosión. Raine escuchó fragmentos de roca chocar contra la armadura de caparazón de Andren. Claramente oyó el grito de Crys después de la explosión. Cuando Raine miró por encima de la cubierta, vio por qué.

Había un agujero que atravesaba el muro de la fortaleza. El fuego se aferraba a la piedra. Algunas de ellas se habían derretido como escoria por el calor. Fue un desastre impresionante.

-Ella tiene un don- dijo Andren a su lado, y se rió.

-Buen trabajo, Crys- dijo Raine por el vox.

Vio a Crys saludarla desde donde se arrodillaba detrás de los trozos de mampostería destrozados.

-Todo lo que se construye, señora- dijo.

-Seguimos el olor hasta los niveles más bajos bajo el Scholam-.

Raine pensó en el húmedo túnel. Las vigas de soporte hundidas. El agua corría por todas partes allí abajo, sucia y negra.

-Éramos tres. Yo, Lem y Bayti.

Raine no había pensado en ellos desde hacía mucho tiempo. Lem con sus ojos abiertos, como los platos de porcelana que usaban los abades.

Cómo podía deslizar un cuchillo sobre ti con sólo un movimiento de sus delgadas muñecas. Bayti era alto y de piel pálida.

-Teníamos antorchas de combustible que hacían que las sombras parpadeasen. No teníamos pistolas, sólo cuchillos de entrenamiento cortos-. *Hizo una pausa, recordando.* ***-Nuestros zapatos eran suaves y delgados. Dejaban entrar toda el agua.***

Raine toma un sorbo de su té.

-El nido estaba en una de las viejas cámaras del almacén. Se podía ver donde los ladrones de pecados se habían afanado por la piedra y el metal para hacer un agujero. Cómo se había ensanchado con el tiempo. Cortado por garras y dientes y suavizado por el agua y el paso de las alimañas.

-Todo el túnel era oscuro. La misma oscuridad de la Tierra. Pero ese agujero parecía la cosa más oscura que había visto nunca.

-La puerta de la cámara había estado cerrada durante décadas- *dijo Raine.*

-Estaba congelado y deformado en el marco. El mango estaba oxidado y débil. Incluso si pudiéramos haberlo roto, las alimañas habrían huido cuando lo hubiéramos hecho.

Andren la miró.

-Tenías que pasar por el agujero hecho por las ratas- *dijo.*

La explosión no sólo partió la piedra y el metal de la fortaleza. Docenas de rebeldes yacían rotos dentro de la brecha, cubiertos de sangre y polvo de piedra grueso. Algunos no habían tenido la gracia de morir. Jadeaban y susurraban y se arrastraban tras los Antari, cavando con sus manos en el tierra removida como garras. Los Sabuesos los ejecutaron con un solo disparo de sus armas de fuego.

-Sigue moviéndote- gritó Raine. **-¡Al bastión!**

Incluso mientras hacía un gesto hacia la estructura cercana con su espada, una marea de rebeldes salía desde la base de la misma. Un claxon resonó. Los Antari no pudieron permitirse el lujo de detenerse, así que presionaron a los Drastians. El tiroteo se convirtió rápidamente en una lucha cuerpo a cuerpo. Una matanza. Raine sacó su espada, abriéndose camino a través de los traidores y herejes. No todos eran soldados. Raine vio los restos de la ropa de la corte y la ropa de servicio por igual. Cada uno de ellos había marcado su cara con el mismo símbolo. Algunos estaban sangrando. Olían como si llevarán una semana muertos, sus ojos negros vidriosos y sin parpadear. Su aliento era caliente en su cara. La golpearon con la culata de una pistola. Un cuchillo le cortó el brazo. Nada de esto quedó sin respuesta cuando ella contraataco con la espada y la pistola, empujando hacia el bastión. En escasos momentos entre cada golpe y cada corte, veía el camuflaje gris y verde de los Fusileros de Antari, y el caparazón negro y las lentes rojas de los Sabuesos. Las túnicas de Lydia Zane. Raine puede oír a la psíquica rompiendo huesos y armaduras por igual.

Raine golpeó con la culata de su pistola en la cara de un hombre que intentó morderla. No, no un hombre. Ya no lo era. El impacto rompió el patrón tallado en su cara, y cayó a sus pies. Sintió que la presión comenzó a disminuir. Los gritos se suavizaron con ella. El olor no. En todo caso, empeoró.

Raine miró alrededor, recuperando el aliento. Estaba dentro del bastión. Los Antari todavía iban con ella. **-Seguir avanzando-** dijo.

Todos lo hicieron, excepto uno. Daven Wyck estaba agazapado sobre uno de los rebeldes, con su rodilla presionando la garganta del soldado. **-Los Fusileros de Antari te tienen-** dijo, cantando.

Raine vio las manos del rebelde abriéndose y cerrándose, escarbando en el suelo de piedra.

-Wyck- dijo.

Sacó el cuchillo de combate de su cinturón y lo enterró en el estómago del rebelde con un rápido movimiento.

-Nuestros cuchillos siempre matan- dijo con una sonrisa. Sacando el cuchillo y poniéndose de pie.

-Sí, comisaria- dijo.

-Mata rápido- dijo Raine. **-No somos animales.**

Todos los Antari que había conocido tenían los ojos grises. Cuando Raine fue asignada por primera vez al regimiento, pensó que todos eran del mismo color gris. Después de un tiempo comenzó a notar las diferencias. Los de Wyck eran de un gris frío, como trozos de pedernal. En este momento, el gris casi se lo tragaba el negro de sus pupilas.

Esos ojos parpadearon hasta el cuchillo de combate en su mano, y luego Wyck lo limpio contra la pierna del rebelde. Dejó una mancha negra. Su sonrisa desapareció lentamente, como nubes que se movían frente al sol.

-Entendido, comisaria- dijo, en voz baja. **-Mis disculpas.**

La comisaria Raine lo siguió por las escaleras, sabiendo que tarde o temprano, tendría que hacer algo con Daven Wyck.

Raine y los Fusileros de Antari se abrieron camino por la escalera central del bastión, hacia el arma montada. Los Víboras Brumosas hacían lo mismo al este, los Acólitos del Ciervo al oeste. A pesar de las probabilidades en su contra, los Antari todavía lo consideraron como una competición.

-Tercer nivel asegurado- dijo Odi por el vox. Wyck se río.

-Rápido, Rom- dijo. ***-Ya hemos tomado el cuarto-.*** El sargento de los Acólitos pudo ser escuchado en respuesta.

-Apuesto a que sí- dijo, por el sonido del fuego. **-Tienes al Sabueso, y a la bruja.** Wyck se rió a carcajadas.

-Exactamente- dijo. **-Incluso con ellos frenándonos, seguimos estando un nivel por encima de ti.**

Zane mostró sus dientes con el ceño fruncido. Andren sacudió la cabeza.

Ninguno de los dos tuvo la oportunidad de responder, porque fueron interrumpidos por un grito gutural desde las escaleras que llevaban al siguiente nivel. Una figura emergió, con exceso de músculos, abominable, vestida con una armadura carmesí. Era tan grande que las placas de la armadura en sus hombros raspaban las paredes. Un escudo de supresión lo protegía, desde el tobillo hasta la garganta. En su otra mano llevaba una maza de batalla la mitad de alta que Raine. A través de la abertura de visión en el escudo, Raine vio unos ojos negros profundos bajo una pesada frente.

-Matar- dijo el ogrete (bullgryn en el original, nt) en voz baja y lenta.

Detrás de él, dos ogretes más hicieron sonar sus armas contra sus escudos. **-¡Matar!-** corearon.

Salieron de la escalera y entraron en la habitación, las armaduras tintinearonn, las armas zumbaron. Los Antari no podían retroceder, y no podían deslizarse a su alrededor. Sólo les dejaron una opción.

-¡A través de ellos!-. Raine gritó.

El ogrete gigante avanzó hacia ella. Raine retrocedió, sintiendo la ráfaga de aire mientras la maza estuvo a punto de hundirse en su pecho por centímetros. La cabeza de la maza se enterró en el suelo, destrozando la piedra con un estallido de energía. El ogrete rugió y la arrancó. Raine bajó su espada, pero el escudo del ogrete se levantó. Su espada se deslizó a través

de él, haciendo un profundo surco en el metal sin separarlo. El ogrete balanceo la cintura y avanzó de nuevo, empujándola más hacia atrás. Esta vez, apenas bloqueó con su propia espada. La fuerza del golpe sacudió su brazo, entumeciendole el hombro. La maza bajo de nuevo. Ella bloqueó por segunda vez, con su espalda contra la pared ahora. Ese brazo ya no estaba entumecido. Gritaba en agonía, probablemente fracturado en una docena de lugares. Su agarre comenzó a aflojarse. El ogrete se rió, con una risa húmeda y gutural. Avanzó y levanto su maza de nuevo. Raine escuchó el sonido distintivo del fuego infernal desde detrás del ogrete, golpeando en las pocas áreas de carne expuesta de su espalda. El ogrete rugió. Ese fue el momento. La ruptura de su guardia. Raine se alejo y el ogrete clavó su mazo en la pared donde una vez estuvo. La piedra y el plástico explotaron hacia afuera. Sintió que un fragmento le cortaba la cara. La sangre le llegó a los ojos.

Raine salto sobre la espalda del ogrete y se agarró a su cuello blindado. Su brazo herido cantó con dolor. Gritó y bajó su espada, liberando su cabeza de sus hombros. Necesitó dos golpes para atravesar el cuello grueso y con demasiados músculos. Más sangre salpicó sus ojos.

El cuerpo sin cabeza del ogrete cayó hacia adelante, chocando contra la pared y deslizándose por ella. Raine quedó libre. De alguna manera, todavía se aferraba a su espada. Tuvo que apoyarse en la pared para ponerse de pie. Los otros dos ogretes seguían de pie, a su alrededor con sus crujientes mazas y gritando en silencio. Los Fusileros de Antari estaban retrocediendo, con las armas de fuego disparando. Los ogretes se encogieron de hombros ante las heridas que debían frenarlos. Yulia Crys estaba ocupada disparando al segundo ogrete cuando el primero la golpeo. Andren se interpuso y recibió el golpe. Raine oyó el crujido de su placa pectoral desde el otro lado de la habitación. Sus Sabuesos acribillaron al ogrete con el fuego. Andren estaba de rodillas, pero mantuvo la puntería y también disparaba. El rayo láser arrancó la garganta del ogrete, y cayó de espaldas con un golpe.

La garganta, pensó Raine. *Es un Sabueso hasta los huesos.*

Daven Wyck se agacho bajo el cuerpo del ogrete que quedaba y enterró su cuchillos de combate entre las placas de armadura. Bramó y lo dejó sin

aliento con un golpe de su escudo. Aterrizó de espaldas y se quedó quieto. Raine sólo supo que seguía vivo porque pudo oírlo tratando de tomar aire. El ogrete fue tras él, rugiendo, con el cuchillo de Wyck aún clavado en sus entrañas.

Raine envaino su espada y levantó su pistola. Su visión falló mientras daba unos pasos más cerca. El ogrete se deslizo dentro y fuera de su visión. Parpadeo por la sangre de sus ojos.

Entonces el ogrete fue levantado en el aire y golpeado contra el techo. Cayó al suelo con una explosión que rivalizó con los explosivos improvisados de Crys. Raine pudo oírlo jadeando. Lydia Zane se acerco, con la mano extendida. Estaba ensangrentada, pero serena. Movió su muñeca y empujó al ogrete hacia el techo una y otra vez, como si no pesará nada. Después del cuarto impacto, Raine no puede oír más jadeos.

Bueno, no del ogrete, de todas formas.

Daven Wyck se relajo sobre su codo. Estaba sin aliento, con su armadura antifrag astillada y abollada. Con su respiración agitada y resoplada.

Lydia Zane saco su cuchillo de combate del cuerpo roto del ogrete y se acercó a él.

-No dejes que te retrase- dijo, tirando el cuchillo al suelo.

Habia una mezcla de furia y miedo en los ojos de Wyck. Tomó su cuchillo y se puso de pie.

-Divertido- se las arreglo para decir, entre las respiraciones. -**Muy graciosa.**

Al otro lado de la habitación, Andren Fel empezó a reír, aunque claramente le dolía hacerlo.

-Oh, creo que sí- dijo. **-Realmente lo creo.**

-Bayti empezó a hablar en su lengua- *dijo Raine. -**No lo había escuchado hacerlo desde que llegó a la escuela. No lo conocía bien, pero sabía lo suficiente.***

Raine recordó a Bayti salpicando hacia atrás a través de esa agua brillante, con sus ojos también brillantes.

-Es un lenguaje interpretativo. Muy contextual. Lo que estaba diciendo significaba no puedo o no lo haré.

-Entonces, ¿qué hiciste?- *dijo Andren.*

-Le dije que no había lugar para no poder o no querer. Esa cobardía era un pecado. Le dije que las alimañas lo olerían y vendrían por él. Que le quitarían el pecado de sus huesos y su carne con él.

-¿Se negó?- *preguntó Andren.*

Recordó la forma en que sus puños se enroscaron, listos para golpear a Bayti. Con las palmas húmedas. Recordó la forma en que su corazón se agolpaba en su pecho. Luego, finalmente, recordó la forma en que Bayti la miró entonces, como tantos otros lo harían desde entonces.

-No- *dijo.* ***-En ese momento me temía más a mí que a los ladrones de pecados.***

Raine llevó a los Antari al nivel doce del bastión. No era el nivel superior, donde se encontraba el cañón montado, sino unos cuantos pisos más abajo, protegido por muros de doble grosor y una unidad de soldados rebeldes bien blindados y armados. Una vez que Raine y sus Antari se abrieron paso a través de la cámara.

-Trono *Dorado*- dijo Crys. -**¿Qué han hecho?**

La enorme cámara cuadrada era el almacén de municiones para los cañones, y la armería para cada soldado rebelde en esta sección de los muros.

Los cinturones de proyectiles brillaban con un brillo apagado. Las cargas de demolición y las minas estaban embaladas y encajonadas. Había misiles y contenedores de promethium. Cohetes y granadas. Cada uno de ellos habia sido marcado con ese ojo siniestro, pintado o arañado en el metal. Había otro pintado en el suelo en el centro de la habitación. Por el olor, Raine pensó que probablemente con sangre.

-Necesito que lo detones- dijo Raine. **-Todo.** Crys asintió con la cabeza una vez.

-Con gusto- dijo, y luego echó una mirada. -**Quiere decir remotamente, ¿verdad, señora?**

Raine no rompió el contacto visual. Había considerado ambas opciones. Había considerado todas las opciones.

-Si puedes-.

Crys dejó salir un largo suspiro. **-Puedo arreglarlo-** dijo.

-¿Cuánto tiempo necesitas?-. Raine preguntó.

Crys miró alrededor de las municiones apiladas. Se frotó distraídamente la ruina de su oreja izquierda.

-Diez minutos- dijo. **-Más o menos.**

-Los tendrás- dijo Raine. -**Concéntrate en manipular los explosivos y contacta con los Acólitos y los Víboras por vox. Asegúrate de que hagan lo mismo.**

Crys asintió con la cabeza, ya sacando lo que quedaba de su equipo.

-¿Señora?-. La llamada vino de la puerta. Era Andren. **-Tenemos compañía entrando.**

Raine no necesitó que se lo dijera. Ya podía oír el resonar de los pies, los gritos de las blasfemias y todas esas voces estruendosas.

El Imperio del Hombre está muerto.

Hoy no, pensó Severina Raine.

Ella sacó su pistola con un movimiento, incluso con su brazo roto atado a su pecho.

Nunca.

Raine se agachó detrás de la puerta de la cámara mientras los disparos sólidos impactaban en la pared junto a su cabeza. Estaban manteniendo a los Drastians fuera, pero se hacía más difícil con cada segundo que pasaba.

-¡Crys!- gritó.

-Ya, casi- gritó la ingeniera de combate en respuesta.

Frente a Raine, Ekar Wain recibió una sólida bala en la cara. Rompió la máscara del soldado de asalto y se cayó de lado. Tres balas más le dieron en el torso y las piernas, antes de que su escuadrón pudiera arrastrarlo de vuelta a su refugio. Deja una oscura mancha de sangre en la piedra.

-Los suyos se los llevan- gruñó Andren.

Se inclinó alrededor del marco de la puerta y disparo dos veces. Dos rebeldes muertos. Más empujaban sus cuerpos a un lado y tomaban su lugar.

-Comisaria- dijo Zane.

Raine se movió hacia ella, manteniéndose agachada. La psíquica tenía los ojos cerrados y las manos enroscadas. La sangre corría lentamente por su nariz mientras proyectaba un escudo protector alrededor de Yulia Crys.

-¿Qué pasa?- dijo Raine.

Zane fruncio el ceño más profundamente.

-Los tres bastiones- dijo en voz baja. **-El fuego que hacemos de ellos. Intento mirar más allá, pero es lo último que veo.**

Abrió los ojos, apenas.

-Puedo olerlo. Escúcharlo. No veo nada más que fuego.

La boca de Zane se estrujo con una sonrisa de dolor mientras miró a Raine. **-Pero no necesito decirte esto-** dijo. **-¿Tengo que hacerlo?**

Raine se encontró con los ojos de Zane. Dejó salir un largo y lento suspiro. Después de todo, había considerado todas las opciones. **-Sabes lo que hay que hacer-** dijo. **El deber es lo primero.**

Hubo un parpadeo en la expresión de Zane. Un temblor momentáneo. Luego se rió, un sonido hueco.

-Así es- respondió. **-En todas las cosas.**

-Hecho- gritó Crys. -**¡Está hecho!**

-Cúbreme- gritó Raine, antes de correr por la habitación hacia Crys. Sintió que el escudo protector la envolvía, un frío invernal muy marcado.

-Será a distancia, como pediste- dijo Crys. Habia marcado sus dos cargas de demolición con pergamino de su equipo. Cada tira estaba marcada con oraciones en su letra con pinchos. **-El alcance es suficiente para que podamos volver a salir de los muros. Odi y Selk hicieron que sus equipos hicieran lo mismo.**

Hubo una sólida explosión en el hueco de la escalera de fuera. Raine escuchó la maldición de Andren.

-*Todos los escuadrones-* dijo Raine, sobre el canal abierto. ***-No detonen hasta que yo dé la orden. Deben ir todos a la vez, o esto habrá sido en vano.***

-¿Está claro?

-Entendido- dijo Odi.

-Sí, señora- dijo Selk.

La mirada de Crys se deslizó hacia la puerta, hacia donde la lucha era aún furiosa. Cerró sus ojos grises por un segundo y murmuró una oración. Estaba en Antari, pero Raine lo sabía.

Que esté con nosotros mientras vivimos y morimos, se va. *Porque no nos corresponde cuestionar el por qué.*

Entonces puso las cargas.

-Salimos del pasaje dentro del nido. Llegamos el almacén, de pared a pared, estaba lleno de pergamino, suciedad y huesos. Huesos humanos y pequeños que se rompieron bajo nuestros pies.

Raine hizo una pausa y bebió lo que quedaba de su té. Incluso después de tanto tiempo, pensar en esos huesos le daba escalofríos en la columna vertebral.

-Bayti gritó- *dijo.* ***-Fueron los huesos los que lo hicieron. Las alimañas lo escucharon y vinieron silbando y mostrando sus colmillos.***

Ella sacudió la cabeza.

-Bayti entró en pánico y lanzó su antorcha fuerte y alto en el centro de la misma. Lem lo siguió. Las alimañas comenzaron a dispersarse. Pude ver que no los atraparíamos a todos, que algunos pasarían y escaparían.

Ella mantuvo sus ojos en la lejana fortaleza mientras hablaba.

-Tiré mi antorcha detrás de nosotros, encendiendo todo alrededor de la entrada. Se prendio tan rápido, todo ese pergamino, aceite y suciedad. Las

alimañas estaban maullando. Bayti estaba gritando. Lo agarré a él y a Lem, y los arrastré al agua poco profunda a nuestros pies.

*Raine recordó el agua negra, arenosa y vil en su boca. Las alimañas**…** revolviéndose alrededor y encima de ellos, todo en llamas. Bayti, golpeando y poniéndose de rodillas incluso cuando Lem intentó en vano mantenerlo bajo el agua.*

Gritos. Fuego. Humo.

***-Hubo una gran cantidad de calor y luz. Cerré los ojos y recé-.** Respiro lentamente.*

***-Cuando los abrí de nuevo, me arrastraron fuera del almacén y dentro del túnel. La puerta estaba abierta, rota por las bisagras. El robot perforador Ifyn estaba allí. Había estado todo el tiempo, supongo**.*

-¿Qué paso con Lem?-** dijo Andren. **-¿Y Bayti?

-Me dijo que Bayti murió tratando de huir. Que Lem murió tratando de salvarlo. Dijo que sus elecciones les habían costado, como todas las elecciones. Lo interrumpí entonces, por primera y última vez. Le dije que había hecho que Bayti se arrastrará por el agujero. Que había lanzado la antorcha y cortado nuestro propia huida para asegurar nuestro éxito. Que seguramente sus muertes se debían en parte a mí.

Recordó la forma en que Ifyn la miraba entonces. Despiadada pero paciente.

***-¿Qué dijo?-** preguntó Andren.*

***-Que tenía razón. Que mis elecciones también tenían un coste-.** Finalmente miró a Andren.*

-Y que mi propósito era soportarlo.

Luchar fuera del bastión fue un trabajo sangriento. Perdieron al más joven de los Fusileros de Antari, Ludi, por un cable trampa colocado por los Drastians. Sucedió tan rápido que Raine se deslumbró por el estallido de las llamas. No hubo tiempo para parpadear. Los más cercanos fueron cortados por pedazos de piedra y trozos de hueso. Tampoco hubo tiempo para detenerse. Siguieron corriendo en su lugar, el sonido de su respiración raída resonando en las paredes mientras bajaron las escaleras. Raine pudo sentir que la adrenalina se desvanecía. La piel de su brazo herido se sentía apretada bajo su abrigo y habia perdido todo el movimiento de su muñeca.

Cuando llegaron al pie de los escalones, el vox crepito en su oreja.

-Los Acólitos están fuera y libres- dijo Odi. ***-¿Quién es más rápido ahora, Wyck?***

Daven Wyck escupió sangre en el suelo. Su nariz estaba rota donde le había golpeado el ogrete. Había cambiado la forma de su cara, haciéndola más acorde con la fealdad que llevaba consigo.

-Las nieblas te llevan, Odi- dijo. ***-Confíaba en que ganarás en la huida.***

Las palabras que regresaron fueron Antari, y claramente coloridas. Raine ni siquiera las conocía todas.

-Corta la charla- dijo. ***-Odi, aguarda y espera a que de mi orden-.*** Se alejaron de la parte inferior de la torre, y se dirigieron al punto de ruptura en la pared.

-¿Qué tan grande esperamos que sea esta explosión?- dijo Wyck mientras corría.

Crys miró hacia atrás, con los ojos bien abiertos.

-Si no me equivoco, hará algo más que silenciar esas armas- dijo. **-Derribará todo el maldito bastión.**

Andren Fel reducía el ritmo, apenas. Miro a los bastiones, luego a Raine. Se vio reflejada en sus lentes. Pintada de rojo por el cristal y por la sangre de su

cara. La suya y la de ellos.

-No sólo el bastión- dijo. -**Es todo el asunto. Estamos colapsando el nido.** Raine no tuvo la oportunidad de responder. Fue interrumpida por un fuerte chasquido. Un proyectil sólido golpeó a Andren en el hombro, justo entre las placas de su armadura. Los otros dos Sabuesos, Tyl y Jeth, devolvieron el fuego mientras su capitán tropezaba. Viendo a Andren Fel sangrar, Raine sintió algo que no podía permitirse. Algo que no tenía tiempo de sentir. El primer disparo fue sólo el borde de la tormenta que se avecinaba. Le siguieron más mientras crecía un ruido que amenazaba con ahogar incluso la voz estruendosa.

Era el sonido de las botas sobre la piedra. Los Antari devolvieron el fuego, pero era como escupir al viento. Juntos, cayeron de nuevo a la sombra de la torre mientras el poderío de las fuerzas de Drastian se derramaba fuera de la torre central.

-Comisaria- el vox crujió. Era Odi. ***-Ya vienen. No podemos quedarnos aquí.***

Raine disparo con su pistola a los rebeldes que se acercaban hasta que el cargador se vacío. La mayoría de sus disparos fallaron. Ella estaba luchando por mantener el arma firme. Para ver. Los rebeldes parecían manchar como la tinta.

El Imperio del Hombre está muerto, dijo la voz.

-Todos los escuadrones- dijo. -**Detonen, ahora-.** Crys la miró.

-¡Ahora!-. Raine lloró.

Ella escucho dos clics de reconocimiento sobre el vox de Odi y Selk. Crys pulsó el detonador.

-¡Zane!-. Raine gritó.

El Imperio del Hombre es...

Las palabras fueron robadas mientras las torres detonaban en casi perfecta sincronía. El cielo se convirtió en fuego cuando tres explosiones colosales se elevaron y se unieron, curvándose en la cara interior del escudo del vacío. La onda de presión fue repelida por el escudo, y cada onda de fuerza fue dirigida de vuelta a la fortaleza. A las torres. A los rebeldes de Drastian.

A Severina Raine y sus soldados Antari.

Los rebeldes que estaban al descubierto fueron silenciados. Cayeron al suelo, muertos. Sus pulmones estallaron. Sus ojos sangraron. Se convirtieron en polvo negro por el increíble calor bajo presión. La mampostería y el metal retorcido cayeron sobre la tierra. La gran forma gris de la fortaleza indestructible de Morne se desplazo. Aparecieron grietas.

Luego, con un estruendo atronador, se rompio.

Es como el Tiempo del Fin, pensó Raine, mientras ella y sus soldados Antari vieron la fortaleza morir de rodillas, a través del escudo de Lydia Zane. La psíquica estaba gritando, los rayos se proyectan en sus miembros y en sus ojos. Ninguno de ellos pudo tocarla. Su escudo estaba lleno de grietas. Incluso cuando el mundo dejó de acabarse, Zane siguió gritando hasta que los cables que la coronaban se iluminaron y ella se derrumbo. Su escudo se derrumbó con ella. Suaves rizos de humo salieron de la ruina de sus ojos. Raine puso sus dedos en la garganta de Zane, y la psíquica se agitó.

-Es lo último que veo- dijo, antes de caer inconsciente.

Alrededor de ellos, la fortaleza se hundió hacia adentro, trascendental y lentamente, enterrando a cualquiera que quedó dentro. Los restos del estandarte andrajoso flotaron en la tierra, todavía ardiendo. El ojo siniestro, consumido por el fuego.

-Perdonado- dijo Andren, apenas perceptible por el zumbido en los oídos de Raine. **-Por Él, y por ella.**

Raine asintió con la cabeza. Hizo que su visión fallará. La psíquica los había salvado, tal como Raine sabía que lo haría, y lo había pagado con sus ojos grises de Antari. No fue el único precio pagado. El vox de los Víboras

Brumosas sólo devolvió estática, y cuando Raine se comunicó con Odi, apenas lo reconoció. Antes de que se cortará el enlace, oye al sargento de los Acólitos murmurando las palabras de Antari para los muertos. El sonido de ello permanecería con ella, siempre.

Con la fortaleza destruida, las nubes eligieron ese momento para romperse también. Las gotas comenzaron a caer, frías sobre la piel de Raine. Los Antari se agitaron a su alrededor, aturdidos y conmocionados. Andren se desabrocho la máscara y se la quito. Su pelo oscuro estaba enmarañado en su cabeza. La sangre le caía de los dientes.

-Las órdenes nunca llegaron- dijo. **-¿Es así?**

Raine sigue mirándolo, justo en sus ojos grises. **-No-** dijo.

-Nos lo ocultaste- dijo. -**La verdad de esto.**

Raine asintió con la cabeza. Ella lo sabía antes de haber dirigido la carga. Antes de que hubiera ejecutado a Tevar Lun. Antes de compartir historias con Andren en la cresta. También sabía que la fortaleza podía destruirse sin las órdenes siempre que los mantuviera fuertes. Siempre y cuando no flaquearan. Así que había tomado la decisión de ocultárselo.

Esa elección, al igual que el coste de la misma, era de ella.

-Lo hice- dice. **-Como es mi derecho, capitán.**

Andren pareció como si dijera algo más, pero luego parpadeo. Enderezo sus hombros. Era como si se recordara a sí mismo. Dónde estaba. Lo que era. Inclino la cabeza.

-Como es tu derecho, por supuesto- dijo. **-Comisaria.**

Raine se puso de pie. Sus miembros no se sentían como los suyos. La sangre engrasaba sus pestañas. Sus oídos pitaban y le dolía la cabeza. A su alrededor, los Antari comenzaron a levantarse. Los que pudieron. Se apoyaron unos en otros, respirando con dificultad. Se volvió hacia ellos y sacó su espada con su único brazo bueno. Pudo oír el sonido distante de las

otras fuerzas que se movían hacia arriba. Motores y armaduras y botas en el suelo. Himnarios, cantados en voz alta. Un escuadrón de cañoneras Valquiria dividió el cielo. Debajo de todo eso, el caer de la lluvia mientras limpiaba el mundo.

-El Imperio del Hombre nunca puede morir- dijo, con la voz ronca**. -Hoy no-** dijeron los Antari.

-Nunca- dijo la comisaria Severina Raine.



